

Año IV. Barcelona 22 de Noviembre de 1890. Núm. 180.

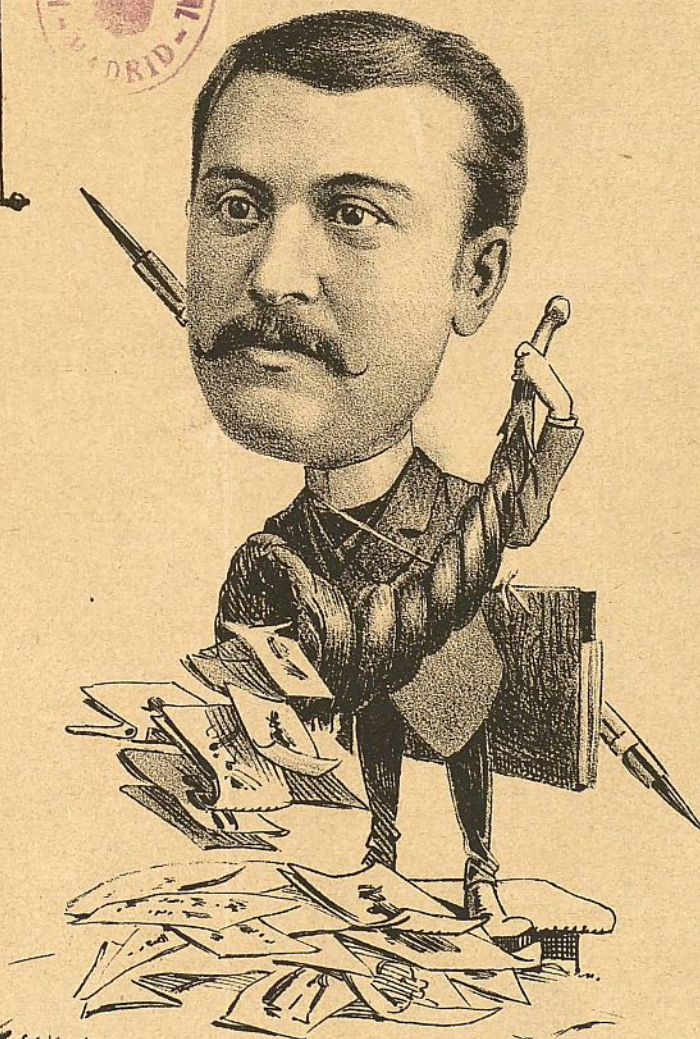


# LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

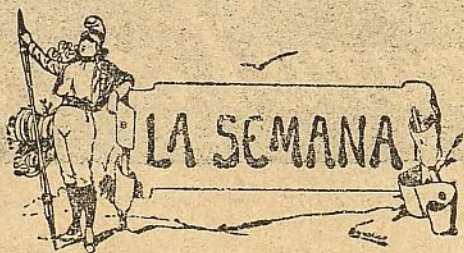
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTROS DIBUJANTES, POR ESCALER.



MELITÓN GONZALEZ.





Hay quien no vá á ninguna parte ni tiene ropa negra.

Pero el Sr. Sagasta ha ido con éxito á todos los sitios y tiene, además, abundante ropa negra y de todos los colores, gracias á la generosa liberalidad de los fabricantes catalanes, que le han regalado paño para dar y vender.

Con esos ternos y los ternos con que los conservadores le han recibido en Madrid, ya tiene D. Práxedes para poner sastrería en la calle de su perpétuo secretario; es decir, en la calle de la Cruz.

Está visto que la opinión se casa con todo el mundo antes que con Cánovas.

Y está visto también que, con Sagasta, no sólo se casa, sino que le regala el equipo de novio.

Verdad es que el equipo no es completo.

Faltan, entre otros artefactos, las botas. Pero ¡como las que Sagasta necesita se las puso Cánovas en el mes de Julio!..

—La entrada de D. Práxedes en Madrid—decía un sagastino—ha sido una entrada triunfal.

—¡Ya lo creo—añadía otro, recordando los regalos de Barcelona:—¡como que ha entrado con botín y todo!

No cabe dudar de que la vuelta á Madrid ha sido de las mejores vueltas que se conocen.

Una verdadera Vuelta de Abajo.

Ahora sólo falta—según los liberales—la Vuelta de Arriba.

—Y en pago de tantos regalos—decía un sujeto—¿qué obsequios ha dejado Sagasta por ahí?

—Ninguno, como no sea el que le hizo á la Virgen del Pilar.

—Alguna ofrenda ¿eh?

—Si señor: la ha regalado una alhaja.

—¡Demontres! ¡Si la habrá obsequiado con Canalejas, que es, hoy por hoy, la alhaja del partido!

Ahora se dice que, como recuerdos del viaje, D. Práxedes vá á repartir los paños barceloneses entre sus amigos políticos y personales.

Lo que no sabemos es si en la lista de los obsequiados figurará el presidente del Consejo.

Pero yo estoy en que sí.

En que á Cánovas «le vá á dar algo.»

\*\*\*

Las reformas sociales son la constante preocupación de nuestros pensadores, filósofos y hombres de Estado... seglar.

Como si de él dependiera la suerte de los trabajadores, hay quien pasa largas horas meditando sobre el problema social, pero la solución ¡que si quieres!... la solución en el número próximo.

Ellos sufren grandes *vigilias* pensando en los ayunos del pueblo; ellos miran el pavoroso problema obrero por arriba, por abajo, por delante y por detrás, sin saber cómo tomarle la embocadura; ellos buscan para los males presentes una panacea... y temen que les salga un pan como unas hostias.

Si Octavio Augusto gritaba en medio de sus pesadillas: «¡Varo, Varo, devuélveme mis legiones!» ellos gritan también, calado el gorro de dormir y pugnando por encontrar los fósforos sobre el mármol de la mesa de noche:

—¡Socialismo, socialismo, devuélveme mis obreros!

Y el país, entre tanto, duerme tranquilo, porque sabe que en tales manos está el asunto y que en mejores manos no puede estar el panderero.

La reglamentación del trabajo es, en efecto, cosa muy peliaguda.

Aunque tengo para mí que lo malo del trabajo está en ser trabajo y no en tener falta ó sobra de reglamentos.

—Hay que atender en primer lugar—decía un pensador—á los inválidos del trabajo, porque un albañil, por ejemplo, se cae del andamio y, como es natural, se queda en la calle.

—Hombre, no; lo natural es que lo recojan de la calle y se lo lleven al Hospital.

—Quiero decir que después de haberse roto una pierna se queda sin un cuarto.

—¡Eso sí! Se queda con un cuarto de menos... si le cortan la pierna.

—No le quepa á V. duda: sin un ochavo ni por donde le venga.

—Hombre.... ¡tanto como eso...!

Las Sociedades cooperativas, las instituciones de patronato, los Bancos populares, las Cajas de ahorros para obreros... todo esto es muy útil y propio para el caso pero ¿cuanto más cómodo y sencillo no es autorizar al anciano y al imposibilitado para que pidan limosna como Dios les dé á entender?

El niño obrero es otro de los caballos de batalla.

Hay que volver los talleres de arriba abajo,—se dice—para evitar los abusos del patrón, los atropellos del capataz, la crueldad del empresario que encarga á los niños un trabajo superior á sus fuerzas; y sobre todo, hemos de hacer que alternen la labor



manual y la educación, porque si no alternan...

—Es claro; si no *alternan* los chicos, se vuelven insociables y huraños.

—Precisamente—decía un filántropo—estamos en el siglo de los niños.

—En el bazar del Siglo, querrá V. decir.

—Y esta clase de abusos—proseguía—unidos á la difteria, á la viruela, al garrotillo y á otras plagas de la primera edad, con-

tribuyen á que la infancia se acabe pronto

—¡Y bien pronto! Como que á los ocho años ya fuman los chicos y tienen novia y... Conque ¡vea V. lo que dura la infancia!

—No me refería á eso, sino á la mortalidad en la niñez, porque, amigo mío, ¡la infancia se vá!

—Pues ¿qué remedio? Tocaremos la marcha de infantes.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## COMPETENCIA

### I.

Los pescadores, al ver que empezaba á diluvir, decían:—¿Quién va á pescar si no cesa de llover?—

Y llenos de devoción, mientras con furor diluvia, para que cese la lluvia alzan á Dios su oración.

### II.

Mientras á los pescadores

la lluvia desesperaba,

—El campo la precisaba (decían los labradores), pues de mucho tiempo atrás es inmensa la sequía. Y rezaban á porfía para que lloviese más.

### III.

Siempre, en fin, que lloviznó, hubo controversia nueva; los labradores;—¡Que llueva!

los pescadores;—¡Que no!

### IV.

En las ocasiones estas, como en otras ocasiones, había dos opiniones opuestas ¡y tan opuestas!

Y Dios, pensando en los modos de atender bien á las dos, decía:—¡Sea usted Dios!

¡y á que no dá gusto á todos!—

RICARDO J. CATARINEU.

## MARIANO DE CAVIA

Tiene que ser un jumento ó un habitante de Babia quien no sepa del talento de don Mariano de Cavia.

Su pluma atesora y suma del arte todas las galas... ¡Vuela tan alto su pluma, que parece pluma de Alas!

¿Que es deslenguado y osado? ¡Se equivoca quien tal cree! ¿Cómo va á ser deslenguado quien tantas lenguas posee?

El maneja el portugués, del catalán hace uso y zurra igual en inglés, que en italiano, que en ruso.

De Cavia alguno quizá piense que anda comerciando, teniendo en cuenta que está continuamente *sal-dando*.

La idea es equivocada. ¿Quién es Cavia? Un cocinero que no condimenta nada sin abusar del salero.

Ni el néctar, ni la ambrosía... no existe nada tan grato como los *Platos del día* que él da los días de *Plato*.

Puede que no falte quien no piense de ellos igual; pero á muchos sabe bien

lo que á algunos sabe mal...

Cocineros hay famosos que intentan guisar en vano esos platos substanciosos que nos sirve don Mariano.

A pesar de que hoy se vive en pleno positivismo, desde que él *platos* escribe ha aumentado el *platonismo*.

Domina su extraordinario talento, hoy excepcional, tanto el arte culinario como el arte nacional.

El por la senda camina que á una sirvienta se traza; á saber, en la cocina trabajar, é ir á la Plaza.

Cuando de su pluma brota, siempre es la nota agradable, y le ha hecho escritor de nota de sus *Notas* lo notable;

*Desde la barrera* entera de lo que en la plaza ha habido... ¿Cómo dice en la barrera que escribe, siendo *en-tendido*?

Sus revistas ¡que bien vistas son en toda la nación! Esas sí que son *revistas*

¡ya lo creo que lo son!...

Diestro que aplaudido sea por Cavia, bueno ha de ser,

y en reputación que él crea nadie deja de creer.

Torero á quien él alabe será bueno hasta la muerte. Si uno hacer las suertes sabe, don Mariano hace su suerte.

Pásase Cavia la vida revistando ó zahiriendo. ¡Cuando no está de corrida, es que á alguno está corriendo!

Sus obras no solo son los *Platos* y las reseñas; Mariano de Cavia con las *Medallas madrileñas*,

aunque ellas son antiguallas, despertando el hombre está la afición á las medallas, que se iba olvidando ya;

y por él no causan susto ya las penas más severas: ¿quién no bailará hoy de gusto con *Azotes y Galerías*!..

En el periodismo se cuentan personas muy listas; sin embargo, creo que de todo los periodistas

como rey á don Mariano se debiera proclamar. Mas, no; que es republicano... ¡y se podría enfadar!..

FERNANDO SEGURA.





—¡Qué veo! ¡Pues si es Arturo! Esta noche cuando venga á esperarme á la salida del obrador, quiero que me diga quien le ha dado permiso para salir así, públicamente con su mujer.



DIÁLOGOS, POR MELITÓN GONZALEZ



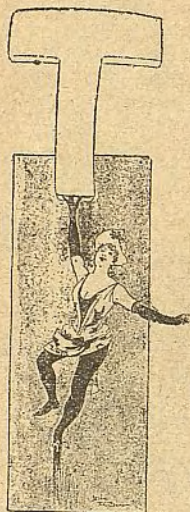
—¿Ha visto Vd. con qué valentía da el si esa tiple?  
 —¡Oh, pues aquí no da gusto oírsele! ¡Si viera Vd. como lo da en su cuarto!...



—¿Qué tal? ¿cómo andamos de enfermedades, doctor?  
 —Bien, bien: mucho tifus... Y de crímenes ¿cómo andamos?  
 —Mal, mal: pocos crímenes.



## Los tiestos de albahaca.



Tareando una y otra vez la jota de *La Gran Vía*, arregada hasta el codo para tener más soltura, con el blanco paño al hombro y el no menos albo delantalillo colgandero de su cintura de avispa y prendido con alfileres por el peto, iba y venía afanosa de las mesas al puesto y del puesto á las mesas, la monísima aguadora, moviendo con sus graciosos andares la floreada falda de percal que descubría por los bajos el más menudo par de piés, aposentados en rojizos zapatos, que se han visto. Y á la vuelta de cada uno de aquellos paseos, entre que se arreglaba los rebeldes rizos del flequillo, entre que echaba en torno una

mirada satisfecha, ó entre que cruzaba dos palabras con su madre, que subida sobre una silla, enfilaba las botellas de limonada y los frascos de aguardiente de las alacenas del puesto, zambullía materialmente la muchacha su picaresca nariz en el oloroso tropel de hojas de dos macetas de albahaca que decoraban el aguadujo junto á los enormes botijos de aquella sucursal de Neptuno. Todo estaba dispuesto, todo limpio; mesas y bancos en orden, la madera recién pintada, el servicio brillante como el oro, y aunque no colgaban del tejadillo del cajón faroles á la veneciana, como en el de la envidiosa y presumida de al lado, no por eso ofrecía el puesto de la aguadorcilla menos atractivo con aquellos dos soberbios tiestos de albahaca que oían á verbena á la legua.

A buen seguro que la honrada dueña del aguadujo no contaba con semejante adorno, y al agredarse á su hija por la tarde, la preguntó sorprendida de dónde caían aquel par de macetas tan hermosas. La curiosidad era muy natural, y aunque la muchacha ya la esperaba, no pudo impedir que una oleada de fuego le subiera á las mejillas, al responder balbuciendo que el obsequio se debía á un parroquiano asiduo. La buena mujer, con su instinto de madre, venteó la verdad del caso, tronó contra los señoritos con sólidos argumentos de manotones al aire y palmadas en los muslos, trató de demostrar á la muchacha que regalos de pisaverdes no envuelven intención recta ni sara, y sólo cuando se quedó ronca de tanto charlar puso fin á su catilinaria. Pero el mal estaba hecho, los tiestos no podían ya devolverse y allí se quedaron; la chica refunfuñó, se puso triste, y en cuanto su madre volvió la espalda, tornó ella á meter las narices en la albahaca, y abriéndolas mucho y llevándose las llenas de aroma, fuese á servir á un paseante que se acababa de sentar ante un velador de su jurisdicción.

¡Pero qué raras son las madres, Dios santo! ¡Por qué había ella de rechazar á aquel Federico tan fi-

no y galante, que tanto la quería y tantas pruebas de cariño le había dado? ¡Porque era un señorito!... Eso es; ¡como si el corazón entendiera de clases!... Ella le había gustado á él y él á ella, y de azucarillo en azucarillo, y de merengue en merengue, se estrecharon las distancias, se enamoraron y se lo dijeron... ¿Qué le iban á hacer ni qué culpa tenían?... Además, ella no era ninguna tonta y ya sabía distinguir á las gentes... ¡Pues no le suponía su madre poco simple!... No, no: se equivocaba de medio á medio; Federico era incapaz de engañarla, le conocía bien... ¡Enseguida iba á haberle rechazado los tiestos!... ¡Mañana!... ¡Cuando ya estaría el muchacho pensando en las dos ó tres horas de palique, á favor de las sombras de los árboles y con el pretexto de un vaso de limonada!... ¡Lo que es aquella noche bastante saliba iba á tragar la pelona del puesto de al lado!... ¡Pues que rabiase, que á pesar de sus miraditas provocativas no le birlaba el novio!... Y la muchacha concluía sus muchos monólogos al ir á servir á los parroquianos, hundiendo las narices con delicia y sucesivamente en los dos tiestos de albahaca.

Y en éstas ya la noche se había entrado clarísima y la plaza de Oriente se llenaba poco á poco con la bullanguera muchedumbre que acudía á la verbena. Allá en el cielo, la vía láctea, en celebración de la fiesta de su patrono, resplandecía con más intensidad que nunca, y las estrellas, curiosas de suyo, corrían por el horizonte que se las pelaban, como buscando el mejor punto de vista para atisbar el jolgorio de aquí abajo.

Entre los árboles, empinándose cuanto podía, encabritando el caballo para dominar las frondas del jardín, marcaba el compás con el cetro el Felipe V. de la estatua ecuestre, sin que nadie se ocupase del improvisado director de orquesta, por más que los reyes de piedra, ante tamaña muestra de desacato, amenazaban con el puño cerrado á la muchedumbre. Naciendo en Platerías, y engrosándose cada vez más hasta formar un macizo de gente impenetrable, veníase el humano oleaje de la verbena por las calles de Santiago y Lepanto á desembocar en el círculo recién arenado de la plaza, y allí se rompía, esparciéndose, ávido de frescura, por los jardines. A una y otra banda de las calles, en el borde de las aceras, estendiase en sin igual revoltillo y en interminable fila, puestos de rosquillas, apelmazadas y tiesas, y picadas de enojo por la vecindad de los montones de avellanas verdes que aún no habían salido de la funda y ya querían figurar con los mayores; tendaleras con barricadas de manzanas muy olorosas para disimular con el aroma la dureza de la carne; grupos de albahaca y otras plantas, con tiestos de gala pintados de bermellón y desparramadas por el suelo como si hubiesen brotado entre los adoquines; verdes entarimados con un bazar de á real y medio encima, en los que jugaban desde la pipa de fogonero hasta el par de ligas, pasando por cuantos dijes de alambre dorado de sí la industria moderna; tenduchos con loza fina á escoger la pieza, y todo ello alumbrado por centenares de candilejas de petróleo sin tubo, especie de fuegos fatuos que empalidecían en la nube de humo que sus pábilos despedían, y en la blanca nebulosa que en los aires formaba el vaho espeso y cons-



tante de las bufílerías, enclavadas todas juntas en el ancho espacio de la plaza de Rames, y á un lado las blancas lonas del enfático y grave cajón municipal, que velaba por el orden y compostura de la concurrencia. Y la gente iba y venía por entre las rioladas de luces, discurría, parábase á mercar en los puestos, seguía su ruta, y en una barahunda infernal salían de aquella masa de luz y sombra, alaridos, voces, gritos, carcajadas, juramentos, chicoleos, berridos, cantares, pregones, acordes de guitarras y los miles de ruidos que constituyen ese hervor de las muchedumbres, apenas dominado entonces por el suave repiquetear de las campanas de la iglesia de Santiago, que de cuando en cuando alborotaban también en la torre, como queriendo echar su cuarto á espaldas.

¿Cómo fué? No se sabe; ello es que las dos nubes chocaron y surgió el rayo sin que la aguadorcilla pudiera impedirlo. ¿Qué diantres tendría aquella noche Federico?... ¡Vaya qué rabia!... ¡Cuando ella lo esperaba con ansia para darle las gracias por los tuestos de albahaca!... Pero él llegó mal humorado; se sentó en el banco más apartado del puesto y al acercarse la muchacha, amable como nunca, la recibió con un bufido, y se mostró con ella esquivo, indiferente y hasta grosero. Aquella noche no hubo arrullos, ni piropos, ni aleteos, ni apretones de manos, sino sequedades y palabrotas. ¡Madre de Dios, lo que disparató el hombre, y que cosas soltó de su boca! Que aquello no podía continuar así, que ella le engañaba, que era una informal, que él mismo la había visto de charla con un sargento de ingenieros, y que nadie se divertía á su costa, y que sé yo cuantas atrocidades más... ¡Valiente verbenal!... Y tanto se ensañó Federico, y tan grande era su cólera, que la injusticia le llegó á lo más hondo á la chica, ofendióse su dignidad y cesando de defenderse, se apartó bruscamente de junto á su novio y se marchó al puesto. Entonces el novio se puso de pié de repente, soltó un tarro y se fué.

Quedóse la muchacha como quien ve visiones, medio llorando y sin atreverse á creer lo que veía. ¡Cómol... Federico, tan amable y rendido, tratarla con tanta dureza y hacerla tan soberano desprecio. ¡Ah!... pero él volvería, no podía menos, volvería á pedirla perdón, á sincerarse, á disculpar áquel arranque de cólera... Sí, sí, él la quería mucho y ella daría todo al olvido... ¡Quién sabe!... Tal vez habrían sembrado cizaña en el ánimo de su amante; acaso la pelona del aguaduco de al lado... Ella debía de haber sido, sin duda alguna... Y tal era el jaleo de ideas que por la mente de la aguadora cruzaban, que en toda la noche dió pié con bola, y cuando debió estar más lista para la afluencia de gentes, andaba más torpe y distraída, olvidándose de

cobrar á los consumidores, llevando limonada al que la pidió aguardiente, y azucarillo al que deseaba merengues, y rompió un vaso y derribó una mesa y cometió mil tonterías por el estilo.

Y pasaban las horas y Federico no volvía. ¡Dios santo!... ¡La habría abandonado el ingrato! Nada, nada, perdió la esperanza de verle más aquella noche... ¡Si no la hubiera retenido el puesto!... Pero, ¿cómo dejar á su madre sola? ¡Y cómo buscar además á nadie, en aquel barullo de la verbenal!... Y en estas dudas, devorando su angustia, acertó á dirigir la mirada una vez hacia el puesto de la pelona de al lado, y... ¡Cristo de los afligidos!... distinguió allí, en muy tirado palique con su rival, al propio Federico, al amante que no tornaba con el ramo de oliva. No era posible, no; ella soñaba, tenía telarañas en los ojos; no era Federico, sino uno que se le parecía; cosas de la noche, las sombras de los árboles arman tales enredos... Dejó madre y puesto y público; con el blanco paño al hombro, corrió al aguaduco inmediato, se acercó con cautela, y... la noche decía la verdad, las sombras de los árboles no mentían: el mismísimo Federico en cuerpo y alma, estaba ante un velador, bullanguero y alegre, y con mucha fiesta y chacota con la pelona del puesto.

Toda la sangre se le subió á la aguadorcilla á la cabeza; la voz de su amor propio herido pudo más que su cariño hacia el desleal; su primer impulso fué agarrar una botella y plantársela en un ojo á la mujer que le robaba el novio; pero aquello hubiera demostrado despecho, y ella quería aparentar indiferencia, devolver el desprecio. Se le ocurrió una idea pueril, pero que la satisfizo; voló á su aguaduco, cogió ambos tuestos de albahaca, plantóse en el puesto vecino de la pelona, se apareció de improviso al amante perjuro, y colocando las dos maceas sobre el velador, y ante las narices del Tenorio, le dijo con desgaire y desdeñoso acento:

—Ya sabe usted lo que la albahaca significa, con que quédese usted con sus tuestos y no se vuelva á acordar más del santo de mi nombre, que aunque sea pobre, tengo, gracias á Dios, mucha vergüenza.

Y con fiero ademán, sin darle á él tiempo para nada, retiróse otra vez á su puesto la muchacha, en ocasión en que un paseante se sentó en un banco y pidió agua. Llevóselo la aguadora, y aquel hombre hizo un gesto al beber, como si el líquido amargase. Si se hubiera acercado al cajón habría visto á la chiquilla apartada de su madre y llorando en silencio. ¡Quien sabe si en el vaso que acababa de servir había caído alguna lágrima de aquellas!

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## SUS MIRADAS

No sé qué fuerza ó qué imán  
tiene en su mirar, que abrasa,  
y no sé lo que me pasa

si me mira con afán,  
Sin su mirár siento enojos  
y así que me mire anheló,

que al mirarme veo el cielo  
en el azul de sus ojos.  
Mira y dice más que hablando;





—¡Conque!.. —Quiero al coronel.  
—¡Muy dura está Vd. conmigo!  
—Es que en mi pecho yo abrigo  
pasión sincera por él.



—¡Qué gris corre, amigo Blas!  
—¡Qué frío, amiga Tomasa!  
—Pues anda, vente á mi casa;  
allí te calentarás.



—¡Yotomador! Vamos, hombre.  
¡Es que Vd. se desquívoca!  
Si yo no tomo... ¡ni el sol!  
—¡Pues yo te pondré á la sombra!



—Con este tiempo se atrapa  
un constipado seguro  
¡Ay, Pedro! ¡Quién fuera puro!  
—¡Por qué? —¡Porque tienen capa!



—¡Qué temperatura D. Homobono!  
—Calle V. por Dios; si hace un frío que pela. ¿Se  
acuerda Vd. de los tiempos de Espartero? Aquel  
era calorcito y aquellos eran fríos decentes.



—¡Pero qué tienes, criatura?  
—No sé; te encuentro tan fría...  
—Es natural, alma mía;  
¡con esta temperatura!..



habla y si no hay quien la entienda,  
para que se la comprenda,  
dice las cosas mirando.  
Sufre y mata mi alegría;  
disfruta y me hace alegrarme  
¡No tiene más que mirarme.  
para que yo lllore ó ría!

Siempre fijo en mi memoria  
tengo su mirar... ¡No hablaba,  
pero á veces me miraba  
y me contaba una historia!  
Discute y á todos vence...  
Resistirla es imposible;  
su mirada irresistible

á todo el mundo convence.  
Si algo oculta, de algún modo  
me lo dice su mirada.  
¡No puede ocultarme nada!  
¡Sus ojos lo dicen todo!

J. RODAO.

## ¡MALDITA COLA!

A mi amigo Pepe Fernandez  
de la Reguera.

La semana pasada,  
mi buen Reguera,  
á la *cola* pusiste  
mis pobres *berzas*;  
aunque ya es cosa  
sabida, que yo siempre  
voy á la *cola*.  
Ya al venir á este mundo  
no vine solo;  
royendo mis zancajos  
vino otro *rorro*;  
*fuimos* gemelos,  
y él, con nacer segundo,  
fué *primogénito*.  
De tal ley la sentencia  
nacerá arguyo,  
que dice: *Los primeros*  
*serán los últimos*.  
¡Qué decepciones!  
A saberlo, me quedo  
para los postres.  
Tócame por nodriza  
una de Iranzo,  
que á escondidas criaba  
cuatro muchachos,  
¡Todos tan frescos!  
y yo era el postrer *mono*  
de aquel *chupeol*!  
Apenas dejé el pecho  
de la nodriza,  
me dió un aire *colado*  
de clase prima.  
¡Suerte horrorosa!  
¡todas mis desventuras  
tienen su *cola*!  
Más tarde fui á la escuela  
de don Cerote,  
iracundo, terrible,  
que á mas de azotes,  
para castigo,

me ponía á la *cola*  
de sus discípulos.  
Al salir de sus garras,  
ya era yo un mozo  
y pretendí una plaza...  
de *meritorio*;  
mas, por desdicha,  
su *cola* de aspirantes  
estremecía.  
Al cabo de tres años  
llegó mi turno,  
y escribiente me tienes  
*Juris-consulto*  
de un *pro-notario*  
más ladino y roñoso  
que el Gran Tacafño.  
Tan enjuto de carnes  
como de bolsa,  
iba de mis amigos  
siempre á la *cola*,  
y aún con malicia,  
por tratarme de bestia  
me la ponían.  
Tuve algunos amores  
aunque fatales;  
siempre anduve á la *cola*  
de militares.  
¡Maldita sea  
la tal *cola*! pues ando  
cojo por ella.  
Me enamoré una tarde  
de Guadalupe,  
muchacha gaditana  
de mucho empuje;  
su papaito  
era un famoso *diestro*  
llamado *El Listo*.  
Después de muchos *pases*  
y *banderillas*,  
conseguí que me dieran

la *alternativa*  
y el papá-suegro  
consintió si me hacía  
también torero.  
¡No hay que pensarlo! ¡vamos  
al sacrificio!  
Quizá eclipse la fama  
de *lagartijo*,  
*Diaz y Arjona*.  
¡Ponganme la *coleta*!  
digo, la *cola*.  
Por fin mi *debut* llega;  
¡quién dijo miedo?  
¡Voy á colgar pendientes  
á ese moreno!  
Pero ¡ay! el toro  
rompióme tres costillas  
y un hipocóndrio  
Al hospital llevaron  
mi personilla,  
y al cabo de seis meses  
de cirugía,  
me dieron de alta,  
siendo una *giba* el fruto  
de mis hazañas.  
Ya que todos mis males  
y desventuras,  
traen su *cola*, ¡quieres  
que no me aburra  
verme á la *cola*,  
Pepe, de tu ilustrada  
SEMANA CÓMICA?  
Con *colas* no me vengas,  
te lo suplico;  
siendo, cual es, la *cola*  
mi *sambenito*.  
¡Pónme en el centro,  
si en mi *centro* me quieres  
ver satisfecho!

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA.





## LA BOJA

drama entres actos y en verso, de D. Angel Guimerá,  
estrenado el último sábado en el teatro de Novedades.

Los pocos antecedentes que de esta obra habían echado á volar los íntimos del autor, prestabanla excepcional interés. El ser los personajes en su mayor parte mineros, gente desconocida en nuestro teatro, y el ser de costumbres contemporáneas, no tratadas aún por Guimerá, hacían del estreno de *La Boja* un verdadero acontecimiento.

En efecto, allí acudió, descontentadizo y poseído del demonio de la crítica, el público de todos los estrenos, más dispuesto á indignarse por los defectos que á enamorarse de las bellezas, formado de literatos en activo servicio, periodistas, aficionados y curiosos, cada uno de los cuales va pertrechado con su correspondiente teoría estética, predicada, aún antes de empezar la función, de corro en corro, entre amigos y curiosos, y ya aplicada en hipótesis á la obra que aun se desconoce, dando esto pie á acaloradas discusiones que sólo logran interrumpir las primeras palabras de la obra.

Los amores de un fraticida, Alberto, que para expiar su crimen se ha hecho anacoreta, con la minera Juana, *La Boja*, que vivía amancebada con el minero Damián, y los celos de éste, que para reconquistar el corazón de su amada asesina á su rival: he aquí en dos palabras, lo que forma el fondo del drama.

De las dos pasiones que lo constituyen, el amor de Alberto y los celos de Damián, parece que el autor ha pretendido dar más importancia al primero. Nosotros creemos superior el segundo. ¿Qué comparación cabe entre el anacoreta predicador y heroico hasta el *cliché* tragico, con el minero rudo, violento y más dispuesto á hacer que á decir? Desde que Damián entra en escena, su figura llena el drama de arriba abajo; ya no pensamos más que en él, y solo él logra llegar á las entrañas del espectador en la colosal escena del segundo acto entre él y *La Boja*. ¡Qué escena! La frase sobria, viva, sintética, admirable de colorido y precisión y el diálogo desmenuzado hasta el monosílabo, hacen de esta escena (admirablemente interpretada por la Mena y Tutau, si señor, y Tutau) una obra maestra, superior á todo lo que tiene de semejante, no el teatro catalán, sino todo el teatro español contemporáneo. Ella por si sola bien vale un drama. Véanla los que no quieren el realismo en el teatro.

Los caracteres son los de siempre en Guimerá: temperamentos que, en lucha con el espíritu, le venen siempre; á sus personajes *para vivir en santa*

*calma* no les sobra más que la materia; el espíritu es bien debil para resistir el empuje del temperamento que en ellos lo arrolla todo.

En esto, y perdóneseme lo extremado de la comparación, que si no recuerdo mal, nació en estas columnas, en esto es en lo que se parece Guimerá á Shakespeare; en que sus personajes no son más que temperamentos que rompen por todo. Bien lo caracteriza el mismo Guimerá en el tercer acto de la *Boja*—*¡Hay un alma!* dice uno. *¡Pero la sangre corre por encima!*, replica otro.

Esta es la característica de nuestro autor: la fisiología venciendo á la psicología.

En cuanto al resto de la obra ¡qué importa ya, después de la substanciosa ración de *filete*, como diría Ixart, que nos ha servido Guimerá! Que la narración de Alberto, contada tan de ligero á un desconocido, cuando hasta entonces habia sido un secreto de confesión, es algo efectista y lírica; que el amor *instantáneo*, como los retratos, es poco práctico; que en el último acto se amontonan los acontecimientos, no siempre del todo verosímiles... puede ser; es; pero lo importante está salvado. *Hay filete*.

Son dignos de elogio, además, dos ó tres cuadros de costumbres mineras, tratados *á plein air* y con una amplitud de dibujo más propia de la novela que del teatro y que, sin embargo, producen gran efecto, como la entrada de los trabajadores en la mina al tocar la campana para empezar el trabajo.

Zola *destiñe*.

JOSÉ VACA DE GUZMAN,



## UNA MARIPOSA BLANCA

A mi distinguida amiga la señora doña  
María Alcántara de Santa María.



I.  
o sabré decir cual fué mi situación cuando me vi asediado por los niños; formaban un público curioso, impaciente y pedigüeño; los tres producían mayor alboroto que una muchedumbre en rebelión; pedían, pedían, sin dar ni un momento de reposo para pensar en complacerles, satisfaciendo su deseo.

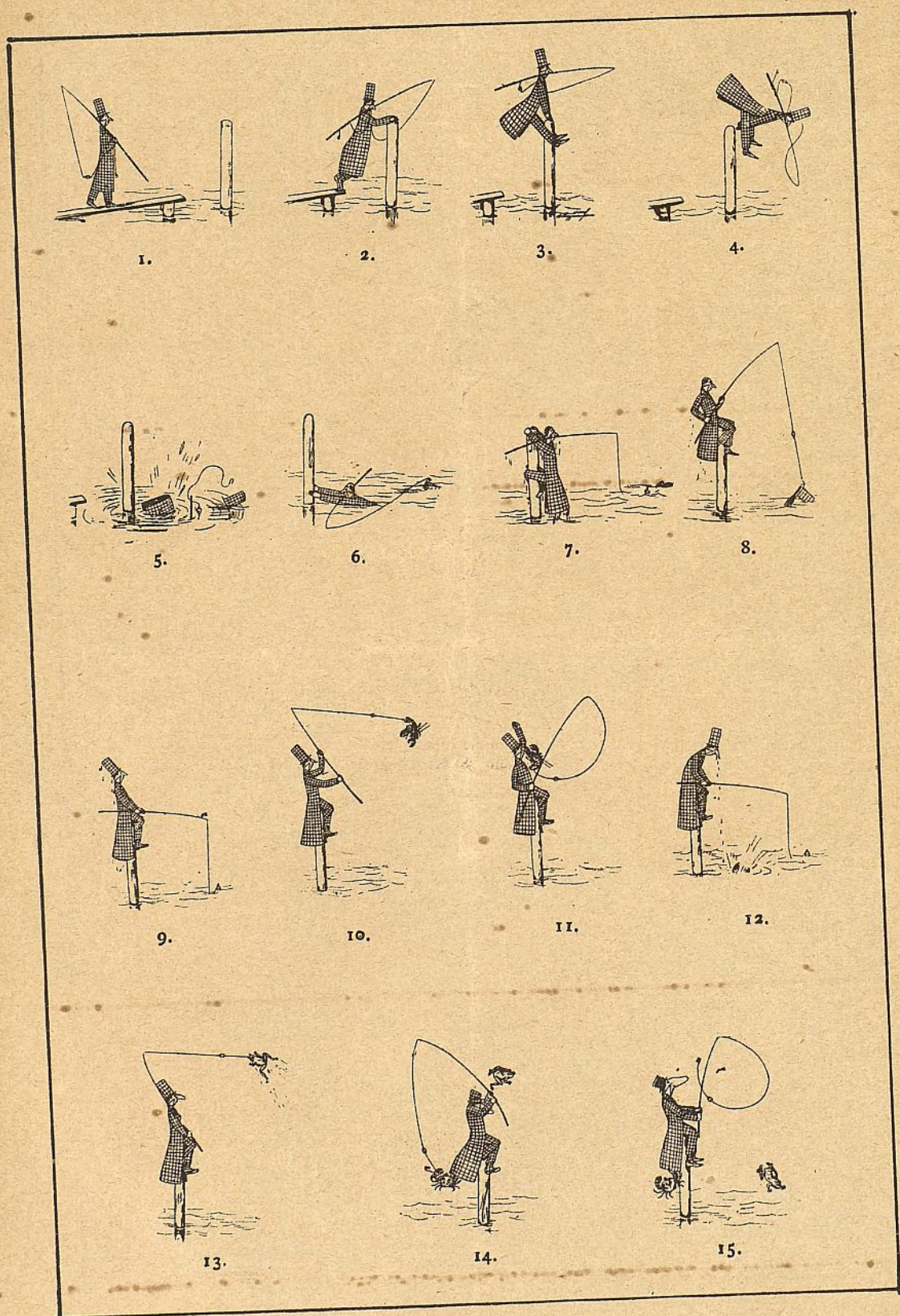
—Un cuento, un cuento, cuéntanos un cuento, decía la niña mayor, abriendo mucho sus grandes ojos, y dándome fuertes tirones del brazo que me había cogido con sus manos, que tenía entrelazadas para asegurarme y para que no me escapase.

—Si, un cuento, uno bonito, repetía la pequeña, rubia de rostro pícaro como el de un raquerillo. Pues ¿y el chiquitin, muñeco que ni acierta á hablar ni levanta tres palmos del suelo? También se mostraba pedigüeño y deseoso.

—Conta uno contoó... Uno contoó...

—Es mucho cuento esto, señor: ¿qué voy á contar yo á esta gentecilla? ¡Dios no me valga si esto no es apurado y difícil! Ahí es nada hacer un cuento



AZARES DE UN  
(DEL ALEMÁN)



DIA DE PESCA





como «Capérúza encarnada,» ó bien como «El gato con botas,» ó como «La hormiguita»... Homero, el divino narrador, se vería en grave apuro ante el compromiso de componer un poemita como los que por raro dón hacía el incomparable Perrault.

Sonaba el monótono ruido de la lluvia sobre el empedrado de las calles; el cielo estaba nebuloso, gris, obscuro; los niños, inquietos ó parados y tristes, como pajarillos emigrantes á quienes hubiera sorprendido en los países del norte el terrible invierno; á falta de aire perfumado, del sol refulgente, de los colores y de las alegrías del campo, era necesario divertir la entristecida alma de los niños....

—Pues señor, dije...

Movimiento general; el niño se abraza y aupa sobre mis rodillas; las niñas se sientan una en silla grande, poniendo los pies en uno de los palos, los codos en las rodillas, la barba en las palmas de las manos; otra de las niñas en un taburete; los tres niños me miran, me miran encantados anticipadamente... Quizá esperando lo que haya de decirles, fantasean á su modo... ¡Válgame Dios, qué compromiso!...

—Pues señor... repetí... y quedé sin saber cómo empezar.

## II.

Pues señor, salió una mariposa blanca de su casa; tenía muchos quehaceres, iba á recorrer de flor en flor en busca de dulces golosinas para merendar; hacía un sol hermoso, y el cielo estaba azul.

—¡Qué contenta! ¡qué contenta voy á pasar la tarde, que está tan buena que da gozo volar por este aire templadito y lucir una el brillo de sus alas; no habrá, de seguro, muchas mariposas que tengan alitas más blancas que las mías!

Y la mariposilla las movía con alegría, estremeciéndose de placer al sentir los rayos del sol y el fresco de la brisa.

La mariposa era campesina, no había salido de sus prados, que están allá tierra adentro, mucho más allá de esos montes altos y picudos que están frente á nosotros, por manera que no se veía desde allí la mar.

—¿Qué haces tú por aquí, bailarina? dijo á la mariposilla una abeja de genio gruñón, pero muy trabajadora, que acertó á encontrarse con ella al borde del cáliz de una flor sobre la cual danzaba con sus blancas alitas la mariposa.

—¡Qué pregunta más impertinente! replicó la remilgada mariposilla; ¡esta gente obrera es soez é irrespetuosa y con nadie tiene miramientos! Bien podrías tener más miramientos con las personas de mi porte.

—Y tú ser útil como yo, tener un oficio; ya lo ves, soy confitera y marchan bien mis negocios.

No replicó la orgullosa mariposilla, y vuela que te volarás, pasó de un prado á otro, recorrió huertas y jardines, fué libando flores de las faldas de los montes, y de pronto quedóse extática, ante algo que ella jamás había visto... Figúraos, niños queridos: tratábase del mar; aquella agua azul que se movía saltando en ondas pequeñitas, la dejó pasmada.

—¿Y por qué no he de ver yo qué es eso? ¿Me faltará punto donde descansar si me siento fati-

gada? ¡Ea! adelante, se dijo; y comenzó á volar agitada, entre acobardada y curiosa sobre el agua, y al cabo de un rato, el miedo fué grande: no hallaba punto alguno sobre que fijarse, tal vez al ver que una gaviota bajaba á la mar creyó que le sería á ella fácil posarse sobre las ondas un instante y proseguir volando, pero hubo de comprender bien pronto el peligro que con esto corría, y volando sin saber á donde, mareada por el vaivén de las aguas, más bien á impulso del viento, que iba empujándola, que por su propio esfuerzo... llegó á la negra peña del Mouro, que, como sabéis, está rodeada de aguas. Es un islote; en él hay una torre, en la cual se enciende una farola de noche, para que los barcos, viendo la luz, no choquen contra las rocas y en ellas se destrocen.

¡Oh, qué contento sintió la mariposilla al posarse en lo más alto de aquellas rocas! Pronto descansó, recobró bríos y elevó el vuelo hasta llegar al centro del islote, junto á una casa y sobre un suelo en el que crecía aunque esmirriada y pobre, alguna hierbecilla.

De pronto, se oye un grito de alegría; pero de una alegría grande; y apareció por la puerta de la casa que hay junto al faro una niña como de unos seis años, la cual con los brazos abiertos y los ojos brillando de asombro y de contento, se dirigió á coger á la aventurera mariposilla, que danza que te danzarás, jugaba en el aire haciendo uno de los más graciosos ejercicios de su gusto.

Reía la niña á más reír; aquello era cosa nunca vista en aquellos peñascos, á cuyo pié brama siempre terrible la mar; ¡no la oís algunas noches y os dá miedo? pues allí es más espantosa: á veces las olas son tan grandes que pasan por cima de la torre del Mouro. Solita aquella niña, tal vez triste pasaría horas de aburrimiento, si no fuera porque naturalmente trabaja al lado de su madre, y si alguna vez se halla triste, no falta un soplo de Dios que conduce hasta allí á alguna mariposilla. Esta, enorgullecida con el contento de la niña, quedóse allí diciendo:

—Ya se ve que sirvo para algo: para contento de las almas, para gozo de los niños... Y allí se ha quedado á vivir sin duda alguna, porque no he vuelto á saber de ella.

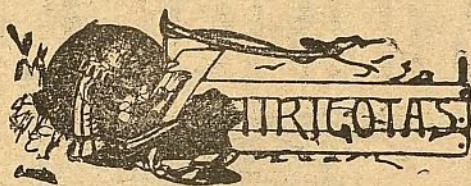
## III.

Pueril y frívolo cuentecillo, ligero y vano, quisiera Dios que él fuese y llevara consigo la atención de los gentes hacia los preciosos niños de la isla del Mouro, y hacia ellos vaya la mariposilla de nuestras simpatías... á ese terrible lugar en que sin duda sus almas se forman en la grave tristeza y la amargura que infunde el Océano tempestuoso; y en ciertos espantosos momentos, acordáos de que un ingeniero ha ideado algo salvador para los torreros del Mouro: unir éste á la costa.

Al fin las fantasías son mariposas hoy, ideas mañana.

JOSÉ ZAHONERO.





Contestaciones recibidas á la pregunta: ¿CUÁL ES EL COLMO DE LA CONSONANCIA? que hicimos en el número 178.

Véanlas Vdes:

«No existe: pues consistiendo la rima ó consonancia de dos palabras en la igualdad de letras desde la última, penúltima ó antepenúltima vocal que forma sílaba, dicho se está que ninguna puede ser menos consonante que otra, ni por consiguiente, llegar al colmo.—A. A. y P. (Reinosa).»

«La que existe entre *veleta* y *bayoneta*; que tienen por todos conceptos igual terminación, porque además de acabar las dos en *eta*, acaban las dos... en punta.—R. L. I. (Barcelona).»

«Colmo de la consonancia.

Lo encierra, según supongo,

el jabón *sin petulancia*,

de los Príncipes del Congo. F. G. Z. de

O. (Zaragoza).»

«La misma consonancia en su grado máximo.—M. S. (Bilbao).»

«Es colmo de consonancia,

y á otra solución me opongo,

la que buscan con constancia

esos... *Príncipes del Congo*. E. G. (Barce-

lona).»

«La que existe entre dos palabras iguales y de distinto sentido, como *era* (verbo) y *era* (lugar donde se trilla el grano); *ingenio* (genio, espíritu) é *ingenio* (hacienda donde se elabora el azúcar) y muchísimos más por el estilo, que sin ser una misma cosa tienen exacta consonancia.—M. A. F. (Barcelona).»

«1.<sup>a</sup> La que hay entre la *palabra empeñada* y la *palabra de honor*.

2.<sup>a</sup> El colmo de la consonancia está en las palabras... de un mudo.

3.<sup>a</sup> El eco.—R. (No sabemos de donde).»

«Escribir un soneto en que los versos de los cuartetos sean consonantes á la *palabra*... de Dios, y á la *expresión*... de la verdad; y los de los tercetos á la *voz*... de la sangre, á el *grito*... de la conciencia, y á cualquier otra palabra tomada del *lenguaje*... de los ojos, ó del *idioma*... del amor.—E. G. (Sevilla).»

«Hallar un consonante á una letra... de cambio.—G. A. (Pontevedra).»

«Ya puede V. dar por terminado el certamen y soltar las 25 pesetas. El colmo de la consonancia lo forman, de un lado Dios y del otro el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.—J. M. (Sevilla).»

«Por *colmo* se entiende—el último grado á que puede llevarse una cosa—ó—la exageración de la misma—; y si aplicamos la definición á este caso, tendremos—El último grado á que pueda llevarse

ó aplicarse la *consonancia*—quedando de esta manera resuelto el problema.

—¿Que V. ya sabía esto, desde que estaba en pañales? Pues entonces ¿á que viene la pregunta?—J. C. (Sevilla).»

«Es la que existe entre los siguientes homónimos imperfectos de grado segundo—*Sobretudo* y *sobre todo*, *menosprecio* y *menos precio*, *sobrevino* y *sobre vino*, *porvenir* y *por venir*. R. G. C. (Valencia).»

Las restantes soluciones, hasta 64, no merecen los honores de la inserción, unas por largas, otras por sosas, algunas por ser inmorales y dos ó tres por contener ataques ó alusiones personales, de no muy buena índole.

Nosotros tenemos y pensábamos publicar la solución; pero como da la coincidencia de que la nuestra se parece muchísimo á una de las arriba publicadas (no debemos decir á cual) ni la publicamos, ni queremos fallar otorgando el ofrecido premio de 25 pesetas.

Dejo el fallo al sufragio de Vdes.

Cuantos señores hayan acreditado ó puedan acreditar de cualquier modo su personalidad ante esta Redacción tendrán derecho á votar á favor de la contestación que estimen más ingeniosa.

De estas, la que obtenga mayor número de votos será la agraciada.

Y así nosotros nos lavamos las manos y serán Vdes. quienes decidan lo que mejor les parezca.

El resumen de votos con el nombre del autor apreciado se publicarán en el núm. 182.

¡Y así Dios no me ampare, si vuelvo á meterme otra vez en libros de caballería!



Con esto de los trabajos preparatorios del Almanaque, pienso volverme loco uno de estos días.

Pues bien; para cuando lo esté, he dispuesto ya que me lleven al manicomio de Nueva-Belén.

Incidentalmente estuve allí el otro día y en verdad digo á Vdes. que quedé encantado y con ganas... sí, señor, con ganas de volverme loco, sólo para volver á él.

¡Qué orden, qué previsión tan admirables y qué acierto y cuidado tan exquisitos se nota en todos los detalles del establecimiento!

Por él, por haberlo sabido colocar á una altura envidiable, felicito á su director-propietario, el sabio catedrático Dr. Giné y Partegás y á su hijo, que dicho sea de paso, es una agradable persona.

Hasta hoy había sido una desgracia el perder la razón; desde que existen establecimientos como el de Nueva-Belén... es casi una ganga.

Y Vdes. dispensen el modo de señalar.



ADVERTENCIA.—Por falta de espacio retiramos la *Correspondencia particular* que para este número teníamos escritas.

OTRA.—Rogamos á los señores corresponsales que todavía no hayan hecho pedido para el *almanaque* se sirvan fijarlo lo antes posible.

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.





PARA 1891

**Un libro de más de 100 páginas**

**CON CUBIERTAS A CUATRO COLORES**

Dibujado por Apeles Mestres, Carrasco, Cilla, Cuchy, Escaler, Lago, Luque, *Mecachis*, *Melitón Gonzalez*, Moya, Pahissa, Pelli- cer, Planas, Pons y Vazquez. Redactado por Almodobar, Vital Aza, Campoamor, Ricardo J. Catarineu, Sinesio Delgado, J. Feliu y Co- dina, A. Perez Nieva, Angel Guimerá, J. Lopez Silva, Emilio de Motta, Narciso Oller, Manuel del Palacio, Constantino Gil, J. Perez Zú- ñiga, Jacinto Octavio Picón, L. Royo Villanova, A. Sanchez Perez, Fernando Segura, Federico Soler (*Pitarra*), Luis Taboada, F. Urrecha, J. Ixart, José Zahonero y otros.

HA ENTRADO YA EN PRENSA

**Precio: 2 reales**